



San Lorenzo, mártir e pañol.

SEGUNDA SERIE.—1835.

AÑO XIII. 31

SAN LORENZO MÁRTIR.

Corría el siglo III de la iglesia de Cristo, y las convulsiones del imperio romano anunciaban la catástrofe tremenda del gran coloso, dueño del mundo. Roma había gozado tan solo un breve momento de reposo con el benigno gobierno de Maximino y de Balbino; pero las guardias pretorianas, acostumbradas ya á no tolerar otros emperadores que los que fueren de su antojo, se habían apoderado escandalosamente de aquellos dos príncipes en ocasión de unos juegos públicos, y arrastrándolos por las calles con ignominia, los habían inmolado á sus bárbaras exigencias. Las guardias pretorianas eran, pues, las dueñas del imperio. Desde Balbino hasta Valeriano y Galieno, no presenta la historia romana mas que un horrendo y nauseabundo tejido de crímenes de todas especies y formas, perpetrados por los emperadores y césares en las personas de sus antecesores y parientes: un cuadro sangriento de usurpaciones, que se perpetúa hasta la total extinción del imperio. Cuando Valeriano se asoció en el gobierno su hijo Galieno, se agregaron á los grandes males que Roma padecía todos los que dimanaban de ser gobernado un pueblo por un príncipe cobarde, muelle, afeminado é inactivo; de manera que el Eterno en sus profundos designios aceleraba el triunfo de la fé cristiana, enervando el brazo de los emperadores para toda obra útil á la conservación del imperio, y robusteciéndolos con espíritus de inaudita tenacidad y barbarie, para dar mayor realce al glorioso testimonio de sangre que prestaban cada día las inocentes víctimas cristianas. Cuanto mas impotentes á sustentar la desquiciada máquina del imperio: cuanto mas débiles para rechazar á los francos, germanos, sármatas y godos que les invadían por el Norte, y á los reyes impetuosos del Oriente, mayor fuerza y empeño querían mostrar en dominar, sofocar y destruir la palabra de la verdad, cien veces mas poderosa que todos los ejércitos y huestes y hordas de la tierra del uno al otro polo. Y cada vez que un santo mártir espiraba entre suplicios, recibía el imperio vacilante un ataque mas rudo que si los bárbaros circunvecinos le arrancasen un pedazo de su desgarrada púrpura, apoderándose de una provincia entera.

En tal estado de cosas, mientras la gran peste de quince años diezmará á Roma, mientras Valeriano vencido arrastraba en Palmira sus cadenas atado al carro de Sapor, rey de Persia, y para colmo de ignominia, servía de escalabel con sus hombros al pie de su inflexible vencedor, Galieno, lejos de correr á la venganza de su padre, vivía entregado al mas desembozado libertinage, al lujo, á la frivolidad y á la crueldad mas sanguinaria. El estruendo de la guerra, las llamas del incendio llenaban las Galias, la Grecia, el Asia!... ¡Los generales, afortunados solo en los vergonzosos combates de amor, cubrían descaradamente sus hombros con la púrpura!... El emperador se entretenía en construir voluptuosas estancias de hojas de rosas, y murallas de variadas frutas hábilmente entrelazadas y repartía su día entre las soñolientas horas del baño, los banquetes, los juegos públicos y el espectáculo fecundo en emociones que le proporcionaba la heroica fortaleza de los mártires cristianos!

La cruda persecución que los discípulos de Cristo su-

frian, teníanlos á todos dispersos y consternados. Como huyen las avecillas abandonando los sembrados al soplar las primeras ráfagas de una súbita tempestad de verano, y se guarecen y apiñan trocando sus nidos mientras descarga la devastadora nube, así los cristianos reunidos en Roma se habían desparramado al anunciarse la nueva persecución suscitada por Galieno, y si bien alguno que otro alentado por especial gracia divina, la arrostraba y perecía víctima de ella, los demas se hallaban refugiados, ya en las casas de algunos patricios recientemente convertidos á la fé, ya en las quintas de algunas familias principales y respetadas, ya por fin, en algunas cuevas que habían servido de asilo en anteriores persecuciones.

Una noche del mes de agosto de aquel año, que era el de 261 de nuestra era, mientras en los jardines del palacio de Galieno celebraba la nobleza romana con suntuoso banquete y atronadora orgia la cruel sentencia del emperador por la cual iba á ser degollado en breves horas el santo papa Sixto II, subía lentamente hacia la cumbre del monte Celso, entre el silencio y la oscuridad, un joven cargado con un bulto, saco de cuero, y cuyos pasos anunciaban el recelo y la fatiga. Era Lorenzo, diácono del pontífice, de nacion española, que por encargo de aquel justo, que iba aquella misma noche á ser conducido al martirio, andaba buscando á sus pobres hermanos en la fé, para repartir entre ellos los escasos tesoros de la iglesia espuestos á la rapacidad de sus perseguidores. Vivía en el monte Celso una viuda llamada Ciriaca, la cual tenía refugiados en su casa gran número de cristianos. Estaba á la sazón aquella piadosa muger cruelmente atormentada con dolores de cabeza que la privaban de sentido, y despues que Lorenzo hubo socorrido á sus hermanos con copiosas limosnas, deseoso de dejar á la viuda una prueba de lo agradable que era al Señor su santa caridad, llegóse á ella y puso ambas manos sobre su cabeza. Partió en seguida, y antes que empezase á bajar el monte, ya había saltado la muger, libre de su dolencia, del lecho en que estaba postrada, prorumpiendo en fervientes acciones de gracias al cielo por el milagro que se había dignado obrar con ella.

Los cristianos, que con admiración la cercaban, presintieron entonces con el gozo por la santidad del joven Lorenzo, un vago y sagrado dolor que les anunciaba que pronto se verían privados en la tierra de tan caro hermano. Cayeron todos de rodillas, y entonaron juntos su plegaria pidiendo á Dios, con lágrimas en los ojos, armase de fortaleza á aquel justo mancebo, si era su santa voluntad destinarle á la tremenda prueba del martirio.

Apenas empezaba á alborazar, y ya se veía coronada de gente la vía que conduce desde la cárcel Mamertina al templo de Marte, por donde había de pasar el anciano Sixto, condenado al último suplicio. Entre la multitud que impaciente le aguardaba, se hallaba Lorenzo, el cual, cumplido ya el encargo del pontífice, acababa de distribuir las últimas monedas de su saco entre los cristianos recogidos en la cueva Nepociana, de donde ahora salía. Un súbito rumor que cundió por la multitud agrupada, anunció la llegada del santo mártir, y luego sobre el general murmullo resonó distintamente una voz que gritaba:

—¡Padre! ¡padre! no me desampares: ya cumplí tu mandamiento, ya distribuí los tesoros que me entregaste, ¡dámame morir ahora contigo!

Lorenzo, que era el que pronunciaba estas palabras, acababa de romper la barrera que le separaba de su maestro, y llegando hasta él, á pesar de las guardias y ministros de justicia que le rodeaban, se arrojó en sus brazos bañándole el seno de copiosas lágrimas.

—No te dejes, hijo mío, le respondió dulcemente Sixto: antes te hago cierto que será tu batalla mas cruel y rigurosa: yo como viejo y de pocas fuerzas, pasaré mi carrera de presto; mas tú como mozo y valiente, conseguirás del tirano mas glorioso triunfo.

Mientras decia esto el pontífice, la gente del emperador, oyendo á Lorenzo hablar de tesoros entregados por su maestro, se apoderó del mancebo español, y le condujo á la cárcel pública, dando parte de lo sucedido al cruel Galieno. Holgóse mucho el emperador de que hubiese caído en su poder el que los tesoros de la iglesia manejaba, y halagada su imaginación con la idea de pingües riquezas supuestas, mandó que se hiciese uso de todo género de fuerza para obligar á Lorenzo á descubrir el parage donde se hallaban.

Entre los varios martirios que hicieron sufrir al joven diácono, despues de despedazarle cruelmente con escofinas de hierro, y azotarle y quemarle los costados con planchas encendidas, mandó Galieno, ciego de furor por su rara constancia, que le tendiesen en la catasta, y que allí le descoyuntasen, estirándole con tornos los brazos y pies.

Vuelto á su prision despues de este horrible suplicio, mientras agitaba convulsamente sus destrozados miembros, arrastrándose sin fuerzas sobre las losas ensangrentadas donde yacia, entró de repente en su busca un soldado que traia un vaso con agua, y arrojándose á los pies de Lorenzo:

—¡Piedad! exclamó, ¡santo eres, ten compasion de mí, y bautízame!

—¿Quieres tú tambien ser cristiano? le preguntó Lorenzo con una inefable sonrisa, muy superior á toda expresion de júbilo de la tierra.

—Sí, replicó el soldado, tu Dios es el mio, en él quiero vivir porque es el único ante quien puede prosternarse la criatura.

—¿Dónde supiste de él?

—Hoy en tu martirio.

—¿Quién te lo enseñó?

—Mis propios ojos. En tanto que tú yacias en el lecho del tormento con los miembros descoyuntados, un frío sudor corría por tus músculos y bañaba tu frente, teñida por la sombra livida de la agonía: tu boca empezó á murmurar voces desconocidas, y vieron de súbito mis ojos un resplandor que de lo alto bajaba, velando tu cabeza. Luego, un mancebo muy hermoso, cubierto con una túnica blanca, se apareció junto á tí, y con un lienzo finísimo, fué limpiando el sudor de tu rostro y las llagas de tu cuerpo. El mancebo era Jesus, á quien llaman Cristo, y aquellos resplandores procedían de la santa paloma, que es el espíritu de Dios padre, que descendía sobre su hijo.

Incorporándose Lorenzo se volvió hácia el soldado y le bendijo con fraternal amor. Este soldado recibió pocos dias despues la corona del martirio.

Al dia siguiente dijo el prefecto á Lorenzo:

—Que traigan un brasero ardiendo, pero que bajo la ceniza sofoque la llama para que no devore demasiado pronto

tus entrañas; que los carbones te consuman poco á poco, y que el suave soplo de las brasas cueza y quemé por grados tus miembros. Bueno es que el jefe de estos cristianos haya caído en mis manos; yo les haré ver lo que les aguarda: sube al lecho que te preparo para tu sueño, y cuando estés en él, argumenta á tu placer y discute si Vulcano es un dios ó no.

Los cuestionarios arrancan al mártir su túnica y le estienenden atado sobre unas parrillas. Una luminosa aureola se coloca sobre su cabeza, y su faz se ilumina como la de Moisés al bajar del monte Siná. Aquella aureola, en la última hora, se dejó ver tambien sobre la frente del primer diácono Estéban, cuando al través del diluvio de piedras que le arrancó la vida, veia entreabrirse el cielo.

El olor de la carne abrasada del mártir, era para los paganos un vapor fétido y vengador; para los cristianos una perfumada brisa. Cuando el lecho de fuego abrasó la mitad de su cuerpo, el mártir se volvió á un lado y dijo á su juez:

—Ya estoy bastante asado de este lado, volvedme del otro: Vulcano ha cumplido bien su oficio!

El gobernador ordenó que le volbiesen, y el mártir, un instante despues:

—Ya está cocida, le dijo, come, y prueba si la carne de los cristianos es mejor asada que cruda.

Habló así, y con una sonrisa de burla en sus labios, levantando los ojos al cielo, y compadecido de Roma exclamó:

—Tú, ¡oh Cristo, Dios eterno, esplendor y luz del Padre, creador del universo, tú que has puesto en haz en las manos de Roma todos los cetos de la tierra, y que has hecho arrodillar al mundo ante su toga quirinal, para que todas las naciones viniesen y confundiesen en ella sus lenguas, sus costumbres y su genio, preparando así un pueblo hecho para tí en el porvenir! haz cristiana esta Roma, ¡oh Cristo! y bautiza esta cabeza del mundo, de que las otras naciones son miembros, á fin de que regenere la tierra: el senado adora aun los dioses de la Frigia, y los penates de Troya, que desterrados de su patria, encuentran un asilo en los hogares de Roma: que Rómulo sea cristiano, que Numa crea en el Evangelio; los dos principes de los apóstoles han tomado ya posesion de ella, y reinan en tu nombre; el uno le has considerado como el evangelista de las naciones, el otro le has sentado en la silla suprema, y le has dado las llaves de las puertas de la eternidad. Huye, ¡oh viejo dios caduco! ¡infame Júpiter, huye lejos de Roma libertada por Cristo!...

Dos hermanos á quienes el espectáculo de su agonía habia convertido para Cristo, despues de la muerte del glorioso mártir, cargaron sobre sus espaldas los sagrados despojos, siendo sepultados en un cripto situado sobre la via Tiburtina, y que pertenecía á Santa Ciriaca, cuya ilustre viuda tenia allí tambien su sepultura.

Este gran favorecedor de los pobres fué enterrado con la cabeza envuelta en un lienzo de que él se habia servido para enjugarles los pies. Cuando se abrió su sepulcro, antes de ser trasladado á la antigua basilica edificada en este mismo sitio, las cenizas y los huesos calcinados que se encontraron, dieron un nuevo testimonio de la relacion de su muerte.

La parrilla, la forma de este instrumento que sirvió para tan bárbaro suplicio, quedó despues, andando los siglos, perpetuada en la planta de una de las mas grandiosas fábricas de la cristiandad, erigida entre los montes del Esco-

rial, en memoria de aquel ilustre mártir, gloria de España, y mas particularmente de Huesca, lugar de su nacimiento, y este suntuoso monumento, que atestigua las glorias de España y la piedad de su rey Felipe II, es reputado por la octava maravilla del universo.

El célebre pintor Eustaquio Lesueur, ha consignado en

una de sus obras maestras, cuya copia damos hoy á nuestros lectores, las glorias del santo mártir español, elevándose en su composición á la altura de los Rafaeles y Ticianos!

JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.

ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

HORTICULTURA.

EXPOSICION UNIVERSAL DE FLORES DE LA SOCIEDAD IMPERIAL Y CENTRAL DE HORTICULTURA EN PARIS.

Hemos dado en nuestro número anterior la vista del magnifico paseo de los Campos Eliseos, paseo que comenzando en el colosal arco de triunfo de la Estrella, termina en los jardines de Tullerías. Al recorrer este paseo se encuentra el suntuoso palacio de la Exposición de la industria, y mas lejos en una de sus calles el palacio recientemente improvisado para la exposición de las obras maestras de la pintura y escultura de nuestro siglo. Hemos hablado á nuestros lectores en la página 172 de este tomo de este palacio. Otro día describiremos rápidamente el palacio de la Exposición de la industria, y las impresiones que nos ha producido la vista de tantas maravillas acumuladas allí de todas las diversas partes del globo.

Hay en el mismo paseo de los Campos Eliseos otra exposición que no llama menos la atención del viajero, exposición en que la Sociedad imperial y central de Horticultura del Sena, ha presentado de la manera mas brillante todas las galas de la naturaleza, cual si quisiese poner enfrente las producciones naturales de esta con las producciones del estudio, del trabajo y del genio del hombre!...

En las exposiciones de flores anuales la sociedad levantaba ligeras tiendas que les prestasen abrigo durante los cinco ó seis días que solia durar ordinariamente la exposición. Pero para la exposición de este año, debiendo durar no algunos días, sino muchos meses, es decir, desde el 5 de mayo á 31 de octubre, ha sido necesario crear un verdadero jardín, con estufas, abrigos, terraplenes macizos, donde las plantas conservasen la vida y la frescura, y pudiesen ser recogidas despues sanas y salvas por sus propietarios. En una palabra, era preciso contentar el gusto de los que visitasen la exposición, y ofrecer toda seguridad á los esponentes, venidos no solo de toda la Francia, sino tambien de Inglaterra, de la Holanda, de la Bélgica, de la Suiza y de la Prusia. En esto estrivaba la dificultad, dificultad que ha sido gloriosamente vencida.

Sobre un terreno de doce mil metros, el hábil arquitecto de la sociedad, Mr. Loyre, se puso á trabajar el 3 de marzo último. Estendiéronse sobre aquel terreno cinco mil metros de tierra vegetal. Trajéronse cuatro mil quinientos arbustos arrancados con tierra, envueltos en inmensos cestos, para estar seguro de que prenderian sus raíces, que no esperimentaban movimiento alguno de la primitiva tierra en que habian crecido: formáronse plazuelas de céspedes, dibujáronse calles, construyéronse estu-

fas, abriéronse estanques, pusieronse fuentes, levantáronse tiendas, pabellones, cabañas suizas, casas rústicas; gas-táronse, en fin, 1.000.000 de reales, y en el día fijo, el 5 de mayo de 1855, despues de dos meses de trabajo, abriéronse al público las puertas del mas delicioso jardín que puede concebir la mas ardiente y poética imaginación.

En el exterior ofrece este jardín á la vista un elegante enrejado de hierro, protegiendo una espesa fila de árboles verdes de todas clases, traídos á toda costa de los departamentos de Tours y de Nantes. Esta fila ha sido plantada con dos objetos, primero para proteger las plantas que encierra, del polvo y del viento, y despues para contener las miradas curiosas, porque la sociedad no enseña sus riquezas sino mediante una retribucion de tres francos, cosa que dicha sea al paso, nos ha parecido cara, tanto mas, cuanto que en frente entráramos por un franco en el palacio de la industria.

Una hermosa puerta de hierro da entrada al santuario de este templo verdadero de Flora, y desde el primer paso que en él se da, preséntase á la vista la mas agradable, la mas encantadora perspectiva, huellan los pies un cesped verde aterciopelado; á derecha y á izquierda se ven masas de arbustos y plantas en flor; fuentes mezclando el suave murmullo de sus aguas al canto de pájaros cautivos que revolotean en pajareras tan ligeras y tan finas, que los pobres prisioneros casi podrian creerse en libertad; por todos lados se encuentran estufas, y los grandes árboles de los Campos Eliseos.

Espectáculo lleno de encanto y de armonía, que sin la elegante multitud que incomoda y fatiga, y sin el ruido que se oye por fuera, le haria creerse á uno distante de París, inmensa Babilonia, y en medio de un delicioso paisaje, si es posible que haya paisajes tan floridos. El paseo, comiéndose por un lado ó por otro, presenta siempre el mayor atractivo. Calles bien arenadas, sillas rústicas á cada paso, sombra hábilmente combinada, todo se reúne para que pueda hacerse la visita del jardín sin la menor fatiga. Asi es que sin esperimentar el menor cansancio, se encuentra uno otra vez en el punto por donde ha entrado; y sin embargo, ha entrado uno en diversas estufas, en la de las plantas de los trópicos, cuya vista damos hoy á nuestros lectores, en las de las plantas de los climas mas templados, en el acuario, cuyo estanque encierra treinta y cinco mil cuartillos de agua, conservada siempre á una temperatura de veinte y cinco á treinta grados centígrados, y donde se admira la *Victoria regina*, esa soberbia reina de las Amazonas, el *Papyrus*, el *Euryale Ferox*, y toda la legion tan rica y tan curiosa de plantas acuáticas. Despues de haber recorrido muchos pabellones indios del mejor gusto, la tienda que sirve para guardar los úti-

les, instrumentos y libros de horticultura, un vasto kiosco chino, la cabaña suiza, la casa rústica, encuentra uno en el camino cien cestas de flores, cuya tierra desaparece bajo el brillante y verde musgo que las cubre.

Tal es en pocas palabras la impresion que causa la vista de la esposicion de estas flores. Nosotros no diremos nada de las mil plantas que encierra este encantado jardin, porque no habiendo de verlas nuestras amables lectoras, seria inútil hablarles de las rosas, de las camelias, los jacinthos, las dalias, y de tan variados colores que se asombrarian. Solo les diremos que estas plantas, reemplazadas

colosos de la vegetacion la campanilla, el pensamiento, la violeta, la salvia, y esas flores y plantas sencillas que ve uno con gusto como amigos antiguos, porque nosotros no somos de esas gentes que solo tienen ojos para las bellas extranjeras, muchas veces mas escéntricas que seductoras; nosotros las estimamos, pero son precisos tantos cuidados para hacerlas vivir, es preciso estar continuamente en ceremonia con ellas, y así preferimos á sus hermanas mas modestas y mas fieles, que soportan el viento y la lluvia, la nieve y el hielo sin quejarse, que crecen modestamente ya á la sombra, ya al sol, en donde se encuentran, y que



Vista de una estufa de plantas tropicales de la esposicion de flores de Paris.

inmediatamente que se marchitan, no son hoy las mismas que nos encantaban ayer, y no es este uno de los menores atractivos de la esposicion, renovándose sin cesar, y donde nada ha sido olvidado, donde reinan los contrastes y donde en medio de todas esas gigantescas, magnificas, soberbias y ambiciosas plantas, se ha tenido el buen gusto de admitir las sencillas flores que nacen y se crían en todos los paises. Mucho placer tuvimos al ver entre aquellos

no pidiéndonos nada nunca, crecen y florecen para nosotros, revelándose solamente por su perfume. Estas flores sin pretensiones han recreado nuestra vista de niños, y mas de una vez en nuestra juventud han sido las intérpretes de nuestros sentimientos con las bellas que han hecho palpar nuestro corazon con las primeras sensaciones del amor.

EL CONDE DE FABRAQUER.

ESPAÑA CABALLERESCA.

LA MINA DE ORO,

O DON GUTIERRE FERNANDEZ DE TOLEDO.

Toda historia tiene algo de novela.
Toda novela tiene algo de historia.

I.

Una peste cruel devoró la España en 1330. Todos los días el cruel azote arrebató millares de víctimas. Alfonso XI, que se hallaba sitiando á Gibraltar, de que se habían apoderado los moros, cayó herido de la terrible fiebre y murió el 26 de mayo, á la edad de treinta y ocho años. Subió por su muerte sin oposicion al trono de Castilla su hijo don Pedro, tan variamente juzgado, á quien los poetas llaman el Justiciero y la historia el Cruel. Bien pronto sus primeros actos hacen presagiar las calamidades y atrocidades que debían señalar su reinado.

La reina madre, doña María, que retirada en Sevilla había pasado su vida, celosa del amor que Alfonso XI concedía á su rival, doña Leonor de Guzman, había criado á su hijo don Pedro en el odio á ésta y á sus hermanos bastardos.

Leonor, viuda de diez y ocho años, jóven bella, encantadora, amaba á Alfonso de corazón, no por orgullo ni por ambición. Fué por veinte años su inseparable compañera. Doña Leonor era la vida, la existencia de Alfonso. Por ella lo despreció todo. Nuevos vínculos escitaban cada año mas esta fatal pasión.

Tuvo hijos de doña Leonor á don Enrique, conde de Trastámara; don Fadrique, maestre de Santiago; don Fernando, señor de Ledesma; y don Tello, señor de Aguilar, con otras dos hembras. Leonor le acompañaba en todas sus empresas mientras que la reina doña María, abandonada en Sevilla, devoraba con impaciencia sus ultrajes. Leonor había acompañado á Alfonso al sitio de Gibraltar, y había recogido sus últimos suspiros sin temer los estragos de la fiebre amarilla.

El primer acto del nuevo rey, fué la prision de la querida de su padre, en el acto mismo en que ésta acompañaba el féretro de Alfonso, con sus hijos Enrique y Fadrique. Conducida por orden de la reina madre á Talavera de la Reina, llamada así por ser ciudad de su señorío, se confió su custodia á don Gutierre Fernandez de Toledo, uno de los señores mas leales y honrados de su época. A instigacion del judío Samuel Leví y de la reina, y aprovechando la ocasion de hallarse enfermo el honrado Gutierre, penetró en la prision de doña Leonor de Guzman un escudero llamado Alfonso Fernandez de Olmedo y hundió un puñal en sus entrañas, huyendo despues sin haber sido descubierto. El rey don Pedro, para no aparecer partícipe de aquella muerte, mandó juzgar á don Gutierre, contra quien se reu-

nian todas las apariencias de este crimen que consternó á Castilla y que revelaba lo que podía esperarse del nuevo rey. Gutierre vió que iba á ser victima de este asesinato, huyó con una hija y un hijo que componian toda su familia, y pasaron muchos años sin haber vuelto nadie á oír hablar de ellos.

Los pérfidos consejeros, don Alonso de Albuquerque y Samuel Leví, ministros de don Pedro, se aprovecharon del encarnizamiento de la reina madre y de su hijo contra los partidarios de doña Leonor, y escitaron los celos del rey contra los hijos de esta desgraciada, que tan cruelmente había espiado el amor y favores de Alfonso XI. Don Enrique de Trastámara levantó pendones contra su hermano, tuvo varios encuentros y al fin tuvo que huir á Asturias, en cuyas minas halló disfrazado un asilo.

II.

En una de las mas frias y rigurosas tardes del invierno, un hombre, al parecer soldado, sacudiendo su capa llena de nieve entró en la casa de un pobre leñador, cuya puerta se encontró abierta. Miró por ver si había alguien, llamó, y no recibiendo contestacion, subió la escalera del piso principal. Salióle á su encuentro un hombre, que al reconocerlo le dijo:

—¿Eres tú, compañero?

—Vengo muerto de fatiga, contestó el soldado bajando á la planta baja.

—¿Qué quieres! le contestó el otro, es preciso aparentar que hacemos el oficio. Nos pagan por descubrir un fugitivo, que dicen se oculta en estas montañas de Asturias, y para hacer que uno trata de descubrirlo es preciso venir alguna vez á las montañas y entrar en todas partes. ¿Y Jimeno?

—No ha vuelto aun.

—Llévele el diablo.

—O mas bien que le traiga.

—Y sobre todo sus ducados, porque hace tres dias que con su ausencia no bebo vino.

—Bebe nieve derretida.

—¿Y has sabido algo del fugitivo?

—No, contestó Fortuño al soldado que le preguntaba; he dormido todo el día. ¿Qué hora es?

—Está anocheciendo, y nieva mucho.

Entraron en aquel momento en la casa dos hombres. Era Jimeno acompañado de otro, que por su traje mostraba ser uno de los trabajadores de las minas.

Saludaron afectuosamente á Jimeno, Fortuño y el soldado. El minero, despues de haber registrado con la vista toda la estancia, preguntó á Fortuño:

—¿No ha vuelto aun el tío Pedro?

—No, ha marchado esta tarde á Gijón con su hija, cuando yo entraba aquí esta mañana.

—¿Y su hijo Alvaro, no ha parecido aun?

—Alvaro! es un hijo que le están aguardando siempre, y que no acaba de llegar. ¿No es verdad, Jimeno?

—¿Y qué hay de nuevo en Gijón? preguntó Fortuño.

—Muchas prisiones, respondió Jimeno, mucha hambre y muchos muertos; parece que hablan de que don Enrique de Trastámara está oculto en estas montañas, y que tiene muchos partidarios.

—Que hicieran todos lo que yo, dijo Fortuño, dando un golpe en la escarcela de Jimeno, que duermo grandemente, mientras los demás se mueren de hambre: ¿no es verdad?

—¡Si, pardiez! contestó alegremente Jimeno.

—Si tú quieres, replicó Fortuño, vámonos pronto hacia Gijón: la noche está muy fría y sería muy triste el pasarla aquí, y en siendo de día iremos á una comision que tengo que hacer.

—Vamos andando, dijo Jimeno, y aproximándose al hombre con quien habia venido le dijo, y tú, Martín, ¿no vendrás con nosotros?

—No, contestó con marcada intencion Martín, me quedo.

—Tengo muchas cosas que decirte.

—Habla antes de marcharte.

Volviéndose entonces Jimeno á Fortuño y al soldado les dijo que se marchasen, que él los alcanzaria despues. Marcháronse éstos, y quedó solo con Martín.

Asomóse á la ventana, y apenas vió que se habian alejado, volviéndose vivamente hacia Martín, le dijo:

—Dentro de tres horas los dos estarán borrachos, y no nos incomodarán esta noche.... noche decisiva, y de batalla.

—Noche terrible, respondió Martín. Ya se adelanta y desaparece el día.... ¡Noche de muerte y de venganza, yo te saludo!... hace dos años que te aguardo. Dentro de cinco horas, los trescientos partidarios que hemos podido reclutar, y que yo mismo he citado, vendrán á reunirse por distintos caminos á la mina, donde como simple trabajador me he ocultado. Allí vendrá tambien el capitán Azo-Pardo con algunos soldados de Gijón.

—Azo-Pardo.... siempre he temido una traicion en este hombre.

—Al confiarme á el, si bien me esponia á un peligro, tambien podia ganar algo. Va envidado, pues, todo el juego. ¿Quién lo ganará? solo Dios lo sabe.... mañana lo sabremos todos.

—Dios estará por nosotros.... Yo voy á ver al abad de Arbas, que nos asegura la cooperacion de sus clérigos.

—Y yo me vuelvo á las minas.

—¿Dónde os veré antes de la hora de nuestra empresa?

—¿Antes de la hora?... Aquí, porque conozco que volveré aun, para ver otra vez al tío Pedro y á su hija María... otra vez, quizá la última....

—¿Con que aquí, pues? y al mismo tiempo dirigiéronse ambos á la puerta; pero vieron venir otra vez á Fortuño acompañado de Alonso Fernández de Olmedo.

Saludáronse con desconfianza al encontrarse. Jimeno y Martín tomaron cada uno por distinto camino, y los otros dos entraron en la casa del leñador.

Estaba desocupada. Sentáronse en un banco de madera.

—¿Me dices que en esta casa habita el hombre que buscas? dijo Olmedo.

—Si, á no mentir las señas que me has dado. Es un hol-

gazan, alto, seco, pálido, gastado por la miseria y la pereza, y vagando siempre de aldea en aldea y por los vericuetos de los montes.

—¿Qué edad?

—Veinte y dos años.

—El debe de ser.... ¿y ahora dónde está?

—El diablo lo sabe. Su padre y su hermana, que viven aqui lo están aguardando todos los dias. ¿Pero qué tienes tú que hacer con ese mendigo?

—Es una historia muy curiosa. ¿Y tú qué haces en estas montañas?

—Yo estoy aqui enviado por el ministro y tesorero del rey, Samuel Levi, para registrarlo todo, para inquirir y saber donde puede haberse ocultado uno de los bastardos del rey Alfonso, que dicen se halla oculto en estas montañas, hace cerca de dos años.

—Si.... ya sé que lo dicen.... ¿y tú no has husmeado algo?

—¡Quia! no me he ocupado de eso.... he preferido pasar los dias en Gijón y en otros pueblos, en donde hace tres meses he encontrado á un amigo, á quien he ayudado á comerse su herencia. Y tú, Olmedo ¿qué viento te trae á Asturias?

—Hace quince años, he hecho al rey don Pedro un servicio, por el que me ha recompensado larga y generosamente.

—Hace quince años... Es la época en que subió al trono, y murió doña Leonor de Guzman.

—Justamente en ese tiempo.... Luego he ido á varias expediciones, donde alegremente he gastado mis doblas.

—Ya me acuerdo, te conocí en Burgos cuando don Pedro hizo matar en su palacio, á donde le habia hecho llamar, á Garcilaso de la Vega, y en la expedicion á Vizcaya contra su señor, don Juan Nuñez de Lara.

—Arruinado, he querido volver á levantar mi fortuna. He corrido varias tierras, pero nada. He vuelto á Castilla y he entrado al servicio de Samuel Levi, ese opulento judío, ministro y médico de nuestro buen rey.

—¡Buen acomodo!

—Si, pero voy á perderlo sin remedio.

—¿Pues cómo?

—El rey don Pedro, que ha permitido al judío robar á manos llenas, mientras al mismo tiempo llenaba de oro las arcas reales, ha comenzado á creer que el judío tenia grandes tesoros y á temer que un dia, abandonándole, pudiese largarse con ellos....

—¡Diablo!

—El rey, que habia permitido allegar tantas riquezas, cree que no le vendrán mal los ahorros y economías del ministro para hacer frente á los gastos de las expediciones que se ve obligado á hacer contra los bastardos y los señores rebeldes; y la confiscacion es un gran medio de gobierno!

—¿Y ha condenado á Samuel?

—No, pero trata de hacerlo, y entonces ya ves cuán triste papel es el de confidente de un ministro desgraciado.

—¡Tristísimo!

—Pero aun hay un medio de que pueda conjurar Samuel su peligro.

—¿Y para encontrarlo buscas á ese hombre en estas montañas?

—¡Justamente!

—No lo comprendo.

—Yo mismo apenas lo comprendo. Hará diez días que estando en Leon, un hombre de estas montañas con una insistencia inconcebible llegó á mí, y me rogó que entregase á Samuel unos pergaminos llenos de rayas y figuras extrañas. Samuel pasó toda una noche en leerlos y releerlos, y no me dijo nada. Al día siguiente volvió el montañés, y viendo yo sus pergaminos sobre la mesa, se los devolví, y le arrojé de mi presencia, creyendo libertar así al ministro de un mendigo importuno ó de un loco. Al saberlo Samuel se enfureció: infeliz, me dijo, de esos pergaminos dependía tal vez mi salvación, la tuya, nuestra fortuna en fin.... —¿Dónde está ese hombre?—No lo sé.—¿De dónde viene?—En su lenguaje, en su miserable vestido creo que sea un habitante de las montañas de Asturias.—Corre ligero, me dijo, y hallame a ese hombre. He ahí mil ducados, dáselos por ese libro, prométele tres tantos mas si es preciso.—Marchéme, pues, aquel mismo día, y heme aquí.

—¿Con los mil escudos? preguntó Fortuño, levantándose vivamente.

—¡Ay! Fortuño, el hombre es débil.

—¿A quién se lo cuentas! ¿los has jugado en el camino?

—¡Y los he perdido!

—¿Con qué no tienes mas que los ducados que has de prometer á ese hombre?

—Nada mas.

—Mala moneda, por cierto; pero ¿qué librote es ese?

—Eso es lo que yo mismo me pregunto.

—Pero tú lo has visto.

—He visto sobre los pergaminos muchas rayas, muchos numeros, y muchas palabras que no he leído, y pintadas unas cosas, así como montañas. ¿Es algun libro magico? ¿Es un plan de batalla, de conspiracion? ¿Qué es, en fin? ¡Oh! ¡si yo lo supiese!

—Pues es preciso descubrirlo.

—¿Y cómo?

—Haremos hablar al tio Pedro el leñador, que sabe mucho, que vé á muchas gentes y que no debe de tardar ya en volver con su hija Maria.

—¿No podrian sospechar algo?... si pudiese yo esconderme aquí, y sorprender su conversacion... ¡Oh! si, lo sabré todo, porque unos pergaminos que valen mil ducados, deben inquietar mucho á gentes tan miserables como estas, que consienten en vivir en esta zahurda... ¿Pero dónde ocultarme?

—Allá en lo alto, dijo Fortuño señalando á una especie de camaranchon. Allí guardan sus provisiones cuando las hay, pero ahora con el hambre que reina, hace tiempo que está vacío, y nadie va allí. Muchas veces he pasado ahí la noche, se duerme mal, pero se oye muy bien... Pronto, pronto, que viene el tio Pedro.

Subió ligeramete Olmedo al camaranchon, y costole no poco trabajo el entrar, por lo baja que era la abertura que le servia de puerta.

Hizo Fortuño un saludo á Olmedo, colocó despues un banco junto á la ventana, y saltando ligeramete por ella salió al campo, casi al mismo tiempo que el tio Pedro entraba en su casa fatigado, rendido de cansancio y apoyado en el brazo de Maria, su hija, linda y agraciada jóven.

III.

Había en el rostro del anciano leñador, tostado por el sol y la intemperie un no sé qué de noble y magestuoso que contrastaba con lo grosero de su vestido y humilde condicion.

Dejóse caer sobre un banco, y mirando dolorosamente á su hija, que se colocó á su lado, como el ángel de la resignacion, despues de un rato de silencio:

—Si, pobre hija, la dijo, no nos sucederian todas estas desgracias si estuviese Alvaro con nosotros.

—¿Y de qué serviria su trabajo? Padre mio, hoy todos los habitantes de Asturias son tan pobres, que se sirven á si mismos.

—Tal vez, si hubiese podido llegar antes á la aldea hubiese vendido la leña, pero soy muy viejo, no puedo con la carga, camino arrastrando y no llego á tiempo. ¡Despues de un día de trabajo y fatiga vuelvo á casa sin un pedazo de pan que dar á mi hija!

—Martin va á venir como todas las noches.

—¿Martín!... Si, Martín, eso aumenta mas mi pesar.

—¿Y por qué, padre mio?

—¿Por qué? Porque es humillante para mí el ver que hace un mes es el que nos alimenta. ¿Y cuándo podremos pagárselo? Martín, un extraño que hace dos años jamás habíamos visto, un trabajador de las minas á quien tomamos la mitad de su corta racion, que les dan en este tiempo de hambre. Y sin embargo, él nos la trae generosamente, porque es bueno, porque ha comprendido sin duda que soy un padre incapaz de alimentar á mi hija, y ha tenido compasion de tí... ¡Compasion! añadió despues con desesperacion. ¡A menos que no sea el amor, lo que seria aun peor!

—Jamás me lo ha dicho.

—Y aun cuando te amase, ¡es tan natural amar! y aun cuando te lo hubiese dicho: ¡casi tiene un derecho, él te mantiene!

—¿Padre mio!... exclamó ruborizándose Maria.

—Es cruel; pero es menester refusar. El hambre es menos padecimiento que la humillacion.

—Yo hoy no tengo hambre; ¡pero y vos, padre mio?

—No pienses en mí, mañana al amanecer saldré á buscar pan, aunque tenga que mendigar.

Rehusaremos desde hoy su socorro.

—Ya no vendrá hoy sin duda. Es demasiado tarde.

En aquel mismo instante se presentó en la puerta de la casa Martin con una gran calabaza y un pan negro debajo del brazo.

—Os encuentro al fin, dijo saludándolos. ¿Y Alvaro?

—No hay noticias suyas.

—¡Volverá mañana, tio Pedro!

—Eso me dices todos los dias.

Martin colocó la calabaza y el pan en la mesa, junto á la que se hallaba sentado el leñador, y le dijo:

—Mucho habeis tardado en volver, y temia tener que cenar solo.

Viendo que Maria, apoyada sobre una silla, no se aproximaba á la mesa, corrió hácia ella, y cogiéndola la mano:

—¿Qué teneis, Maria? la dijo, ¡cuán pálida estais!

—Nada... no tengo nada...

—Que Dios os libre de los pesares que me ocultais. ¡Eh!

tio Pedro, ¿qué haceis que no partís el pan todavía?..... Levantóse Pedro y fuese á sentar en un banco mas lejos de la mesa.

—Gracias, Martin, ya lo ves, acabamos de llegar de la aldea y hemos cenado allí.

—Tanto peor, dijo Martin dudando, porque casualmente traigo hoy un vino muy rico, regalo del abad de Arbas, á quien he tenido ocasion de hacer un favor, y venia yo muy alegre con dividirlo con vosotros... no me quitareis esta alegría, tio Pedro... Además, desde que habeis comido en la aldea habeis tenido que andar dos buenas leguas para llegar aquí... y sobre todo, en estos tiempos de hambre, como no se está seguro de comer al dia siguiente, no es malo llevar una comida adelantada. Y al mismo tiempo presentaba el pan y el vino á Pedro, que lo rechazaba, y notando la sorpresa que su accion causaba á Martin, le dijo:

—Yo no acepto esta noche, Martin, porque en estos tiempos de hambre, es preciso que no se coma uno la racion de otro cuando ya se comió la suya.

—El hambre y la miseria cesarán, dijo Martin, cuando derroquemos á don Pedro y sus malditos satélites.

—¿Quién lo ha de derrocar? preguntó Pedro.

—Enrique de Trastamara.

—Si vive aun, replicó Pedro. Y para llegar á eso tendriamos que pasar por la muerte y la guerra civil. No la desees, Martin.

—¿Qué no la desee! Tú no piensas en el dia de la venganza, en el que venga Enrique á libertar á Castilla y reanimar el cadáver de estas provincias del Norte: en que Enrique derribe á esos traidores enriquecidos con la sangre de los pueblos, arroje del trono al cruel tirano y venga la muerte de sus hermanos, de sus amigos, y sobre todo la de su madre Leonor, asesinada traidoramente por Gutierre Fernandez de Toledo, que debia protegerla, y cuya muerte fué el principio y señal de tantas otras.

—Gutierre Fernandez de Toledo ha muerto, dijo lleno de turbacion el tio Pedro.

—¿Quién sabe? No hay ninguna prueba de ello, contestó Martin. Hay infames que sobreviven á sus remordimientos.

—Pero Gutierrez Fernandez de Toledo ha sido falsamente acusado: doña Leonor fué asesinada por un desconocido que huyó, cuando él se hallaba gravemente enfermo en cama, contestó con la mayor tristeza el tio Pedro.

—Oh, ese es un cuento amañado, como lo es tambien el haber sido aparentemente perseguido por don Pedro para evitar que el mundo le acusase de participacion en tan horrendo crimen.

El tio Pedro vaciló, y tambaleándose como un hombre embriagado vino á caer desmayado sobre el banco. Acudieron inmediatamente á sostenerle en sus brazos Martin y Maria. Esta, sin poder contenerse y olvidando todo disimulo, exclamó:

—¡Oh, el hambre le mata!

—¡El hambre! repitió sorprendido Martin.

El tio Pedro, al oir estas palabras, que revelaban el secreto de su necesidad, que poco antes habia tratado de ocultar, volviendo en sí con voz desfallecida, dijo:

—No, hijos míos, no, estoy mejor.

—¡Es hambre, Martin, es hambre! yo lo sé, exclamó con impetu Maria, y arrojándose al mismo tiempo en los brazos

de su padre, añadió: perdonadme el desmentiros, pero yo no puedo veros sufrir así.

—¡El hambre! Y me acababais de decir ahora mismo que... Pedro, jamás me habeis creído vuestro amigo.

—Sí, Martin, sí... pero cada día nos traes tu comida, y ya hace cerca de un mes...

—No he contado los días.

—Lo sé, pero nosotros sí... Por que...

Interrumpiéndole bruscamente Martin, exclamó:

—¿Y cuándo hace dos años vine yo estenuado de fatiga, muerto de hambre, á caer desfallecido á la puerta de tu cabaña, pesaste tú el pan que me diste? ¿Has contado las horas que velaste á la cabecera de mi lecho para socorrerme?

—¡Ví un pobre jóven que se moría!

—¡Cosa triste, en verdad, era! ¿Pero crees tú que no es tambien horroroso ver una linda jóven, enflaquecida por la miseria... una jóven tan buena, Maria, Maria, en fin, á quien amo? Si, puedo decirlo ahora, porque me voy á marchar.

—¡Vais á marcharos! exclamó vivamente interrumpiéndole Maria.

—Sí, y por la vez última vengo aquí, en donde he hallado amistad y reposo, donde no esperaba encontrar un pesar.

—¿Un pesar, Martin? dijo Maria.

—Sí, Maria, un pesar horrible; porque si yo venia aquí ni era por ayudaros ni por pagar mi deuda, toda mi sangre no hubiera bastado para esto... venia por que... ¿lo sé yo mismo acaso?... Venia por que me arrastraba aquí el corazón, llegaba feliz sin pensar en nada y veo que vosotros jamás me habeis recibido lo mismo, y esto me hace mal, horriblemente mal. Al mismo tiempo se dejó caer abatido sobre un banco.

—¡Pobre Martin! exclamó Maria.

Al mismo tiempo el tio Pedro se levantó con lágrimas en los ojos, cogió la mano de Martin, la llevó afectuosamente sobre su pecho y le pidió que le perdonase, hallándose pronto á dividir con él los comestibles que habia traído. Cogió la calabaza, vertió vino en los vasos y ofreciendo uno á Martin, le dijo:

—Vamos, bebamos como buenos castellanos al triunfo de Enrique de Trastamara.

—Al triunfo de Enrique... exclamó con calor levantándose Martin. ¡Sea!...

El tio Pedro, dando un vaso á Maria y otro á Martin, les dijo, chocando el suyo con el de ellos:

—Todo está olvidado. ¡Al triunfo de Enrique!

—Sí, bien, Pedro, dijo Martin estrechando su mano: tal vez este brindis le traerá la suerte.

Los tres apuraron su vaso.

Después de haber bebido, al recoger Martin el vaso de Maria, le dijo esta lanzándole una espresiva mirada:

—¿Con qué os vais á marchar?

—Sí, Maria, pero volveré mas feliz tal vez.

El tio Pedro, pensando en su hijo, separó un poco de vino y un pedazo de pan diciendo entre sí: ¡tal vez querrá Dios que vuelva hoy!

Escuchó el cielo sus deseos, porque oyéndose ruido fuera de la puerta, salieron al campo Martin y Maria á ver quien era, y á pocos momentos entraron con un jóven en

cuyo rostro se veía pintado el cansancio, la debilidad y el abatimiento.

El tío Pedro reconoció en él á su hijo, trató de sobreponerse para ocultar su debilidad y alegría, queriendo reprimirle y manifestarle su disgusto. Enjugó prontamente las lágrimas que humedecían sus ojos, y afectando un tono severo cuando se llegó á abrazarle, le dijo:

—Has pensado al fin que no debías dejar á tu padre en la duda de tu muerte... gracias, hijo... ¿cuándo vuelves á marcharte?

—¡Padre!

—¿Qué has hecho hace un mes?

—He sufrido mucho... contestó Alvaro sentándose, porque apenas podía sostenerse en pie.

—Harás bien en volverte á marchar al momento; porque aquí tambien se sufre: tus penas y las nuestras, la carga sería doble.

—¡No me habéis así, padre mío!

—Tranquilízate... el anciano no estará aquí siempre... y cuando vuelvas un día, encontrarás á tu pobre hermana llorando abandonada, oírás suspiros, sollozos, pero no la voz del viejo que se queja y siempre riñe... ¡el viejo se habrá muerto!...

—¡Padre mío, por Dios!

—Sí, muerto, Alvaro... dijo el anciano acercándose á su hijo, porque si me ves vivo á estas horas lo debo á Martín, que es bueno y generoso.

Hizo un gesto queriendo imponerle silencio Martín, pero el anciano continuó:

—Esa es la verdad, Martín, y sin el pedazo de pan que nos trae todos los días, hubiéramos muerto de hambre ella y yo. Yo te doy gracias, Martín... no por mí, sino por ella, que es demasiado joven aun para morir. No me avergüenzo... no nos avergonzamos. Tú has cumplido el deber que debía cumplir mi hijo... él no se avergüenza, no, mirale, no tiene corazon...

—¡Por compasión, padre mío, no me digais eso!

—No, no tienes corazon, continuó animándose cada vez mas el anciano, no tiene corazon el que deja llorar y sufrir así á su hermana; no tiene corazon el que no trabaja para mantenerla, y que anda vagando por los pueblos; es un holgazán, sin cuidarse de nada.

—¡Padre, tanta humillación!

—¡En fin, cómo vives, cuáles son tus recursos, eres un mendigo ó un malvado!

Y al decir esto le volvió la espalda, no sin haber dicho por lo bajo á Martín á tiempo de marcharse:

—No estoy tan enfadado como creéis, estoy muy contento por haberle vuelto á ver!

Y despues llamó á su hija María para que le acompañase.

Queláronse solos Alvaro y Martín, admiraba éste la bondad del anciano y la resignación del joven. Veía en ella oculta alguna cosa extraordinaria. Acercóse á Alvaro, que se habia quedado como absorto y ensimismado, y tocándole ligeramente en la espalda, le dijo:

—Alvaro.

Volvió éste en sí cual si despertase de un sueño, y le contestó:

—¡Ah! eres tú, Martín... ¿qué quieres?

—Alvaro, tú tienes en el corazon gran valor, y en tu cabeza un gran proyecto.

Levantóse de pronto Alvaro, exclamando:

—¿Quién te lo ha dicho?

—Lo he adivinado.

—Martín, contestó Alvaro mirándole fijamente, tú que has adivinado eso, no eres un trabajador de las minas como los demas.

—Tal vez tenga yo tambien en la cabeza un gran proyecto.

—¿Qué quieres tú hacer?...

—Vengar mi país y libertarle... ¿y tú?

—Enriquecerlo.

—¿Quieres cambiar nuestros secretos?

—De muy buena gana, porque necesito confiar el mío... escucha: va avanzando la noche, dentro de una hora nadie podrá incomodarnos. María y su padre estarán dormidos, dentro de una hora volveré...

Apretáronse cordialmente la mano, marchóse Martín á quien Alvaro al salir por la puerta le dijo:

—¡Dentro de una hora!

IV.

Larga le parecia una hora á Alvaro, y sin embargo, habia aguardado muchos años... apurado se hallaba su valor con sus últimos padecimientos, y entristecida su alma con la sensible escena que acababa de pasar con su padre. María, la bella y buena María, apenas habia dejado tranquilo á su padre en su cuarto, habia vuelto á buscar á su hermano. Estaba tan contenta con su vuelta, deseaba tanto hablar con él, que bajó á buscarle. Al verla éste la abrazó y la pidió perdón de los disgustos que ocasionaba su ausencia.

—Sí, María, la decía: es infame el hermano que no es el sosten de su hermana, y sin embargo, no soy ni un vago ni un holgazán; yo puedo... quiero probártelo, María, porque quiero que no me culpes. Os he dejado carecer de pan, y quiero que al fin sepas por qué. Hace dos años, María, que guardo en mi corazon un sueño, una ambición que hoy voy á revelarte... jamás he podido confiarle á mi padre; hay en su vida pasada, hermana, un secreto que no le dejaría aprobar un proyecto que debe acercarme á las ciudades, á los poderosos, á el rey mismo tal vez, pero puedo decirlo todo á ti, que serás discreta.

—Te he adivinado, hermano, dijo María.

—No, hermana.

—¡Oh! sí, tú conspiras en favor de Enrique de Trastámara.

—No puedo hacerlo... el triunfo de Enrique sería tal vez funesto á mi padre.

—¿Por qué?

—Mas tarde lo sabrás, algun día... escúchame...

María, cogiendo un escabel se sentó al lado de su hermano.

—Conspiro, le dijo éste, contra el mas grande enemigo de mi país...

—No conozco mas que uno, dijo María, el rey...

—A ese... sus vicios le matarán temprano ó tarde, conspira contra otro mas fuerte y terrible.

—¿Cuál?

—La miseria, de donde viene el hambre y la peste.

—No te comprendo.